

ANTOLOGÍA ECOPOÉTICA
D. H. LAWRENCE

POESIA

CUANDO LA FRUTA MADURA CAE

Edward González
Pablo Saavedra

ANTOLOGÍA ECOPOÉTICA **D. H. LAWRENCE**

**CUANDO LA FRUTA
MADURA CAE**

CUANDO LA FRUTA MADURA CAE
ANTOLOGÍA ECOPOÉTICA D. H. LAWRENCE
Traducción de
Edward González y Pablo Saavedra

Edición digital: julio, 2022
ISBN: 978-956-410-578-9

Diseño cubierta: Reinterpretación digital de
"The Lawrence tree" de Georgia O'Keeffe

Asistentes de producción:
Gracia Armijo Gallero y Sebastián Villagra Pizarro
Colaboradoras:
Carolina Muñoz Sepúlveda y Claudia Guada Mijares

Obra realizada con el aporte de la Dirección de
Artes y Cultura, Vicerrectoría de Investigación de
la Pontificia Universidad Católica de Chile

Diseño, edición y diagramación
Editorial ELOtroCuarto
www.elotrocuarto.cl

ANTOLOGÍA ECOPOÉTICA **D. H. LAWRENCE**

**CUANDO LA FRUTA
MADURA CAE**

Traducción de
Edward González y Pablo Saavedra

Ediciones **ElOtroCuarto**

Resplandor efímero: la visión poética de D. H. Lawrence

D. H. Lawrence (Inglaterra, 1885), a. k. a. David Herbert Lawrence, fue principalmente un poeta, aunque esto no es lo que dicta la tradición literaria. A decir verdad, fue una especie de maestro de la palabra, porque escribió novelas, ensayos, cuentos y poemas con una impresionante calidad literaria. El único género que no se le dio fue el teatro; aunque uno de sus discípulos notables, el dramaturgo Tennessee Williams, triunfaría con obras cargadas con la estética sexual de Lawrence. No obstante, y como pretendo defender en este ensayo, Lawrence fue en esencia un poeta, y sus mejores textos, aquellos donde más resplandece la fuerza de su arte, más que narrar una historia o exponer un punto de vista, buscan establecer nuevos modos de percepción por medio de intensas epifanías naturales.

Es posible proponer que, en términos culturales, existen tres Lawrence. El primero y el más popular es el Lawrence novelista de *El amante de Lady Chatterley*. Para mucha gente que lo conoce por esta novela, Lawrence no es un poeta, sino más bien un novelista dedicado a ficcionalizar los conceptos de Freud; para otros, es simplemente un promotor de pornografía barata. Este Lawrence parecía empeñado en producir textos donde el sexo fuese el tema central, no por necesidad estética, sino por perversión o rebelión. Esta opinión, popular en las primeras décadas del siglo XX, variaría con el advenimiento de la contracultura de los años sesenta, que vio en *Chatterley* y en Lawrence un estandarte de lucha por el derecho a retratar la naturaleza humana, en especial la naturaleza sexual. Un famoso fallo de esa época en relación con esta novela y su calidad

artística cementaría la popularidad de Lawrence a ojos del mundo general como un escritor menor de novelas eróticas. Este es quizás el aspecto menos interesante, el menos relevante y el menos parecido al artista real.

El segundo Lawrence también escribió novelas, aunque a veces publicaba cuentos y ocasionalmente uno que otro poema. Este es el hijo de padre minero y madre arribista, el que se agrupa con Joyce, Woolf, Mann, Proust y otros dentro del movimiento modernista que surgió después de la Primera Guerra Mundial. Su principal obra ya no es *Chatterley*, sino la conjunción de dos novelas: *El arcoiris* y *Mujeres enamoradas*. A estas dos novelas se les unen algunos cuentos, como “La hija del comerciante de caballos” o “Inglaterra, mi Inglaterra”, que antes solían proliferar más en antologías anglosajonas, antes de que sus vínculos con Freud comenzaran a desprestigiarlo. Finalmente, este Lawrence también es conocido por un par de poemas, aunque el más representativo es “Serpiente”, una reflexión sobre la relación del ser humano y la naturaleza al modo del primer Wordsworth. Estos textos tienen el ímpetu y la visión del artista; y ambas novelas, al igual que los cuentos y el poema mencionados, contienen gran valor literario, pero de alguna manera parecen solo sugerencias del verdadero arte de Lawrence.

La sexualidad sigue siendo central en ambas novelas y en sus cuentos más famosos, pero a menos que uno tenga la sensibilidad victoriana, es difícil ver en ellos pornografía. El sexo es, para este Lawrence, un vehículo conductor, un elemento narrativo con vida propia que tiene su propia injerencia en la historia, como un personaje o como el Dios bíblico. En este sentido, especialmente en *El arcoiris*, el uso del sexo en la narrativa se parece en varios aspectos al que se hace de este en *Cien años de soledad*, donde muchos de los personajes se ven compelidos a actuar por deseos sexuales que parecen tener sus propias agendas ocultas.

Este Lawrence, el modernista, es el que asume el rol de predicador que entorpece y arruina algunas de sus novelas, y que muchas veces se le critica. Es una crítica válida, y creo que viene, en parte, de la herencia de Freud y de la ambición de Lawrence por querer adquirir el estado de profeta. Este Lawrence aparece subsumido dentro de la voz del narrador en *El arcoiris* y aparece como personaje en la figura de Rupert Birkin, y en el narrador de *Mujeres enamoradas*. Este es un punto central, porque este tono, cuando lo usa bien, confiere mayor fuerza visionaria o mayor percepción sensorial a sus producciones, pero cuando abusa de él suele ser tedioso y tendencioso a la vez.

El tercer Lawrence corresponde al poeta, el de las visiones simbólicas y la voz profética. Ese es el Lawrence que predomina en esta antología, y no porque en esta se recojan solo poemas, sino porque en estos y en algunos cuentos, las exigencias narrativas no limitan el ímpetu visionario. A diferencia del novelista erótico y del modernista freudiano, el Lawrence visionario es íntimamente personal: una vez que elige su objeto poético, dialoga con este con un interés agudo e intenso. La sexualidad, más que una forma de rebelión social o pornografía camuflada de arte, lo utiliza en los poemas y en los mejores cuentos como una forma de rebelión espiritual, como el deseo íntimo del ser humano de volver siempre al origen elemental y a la naturaleza, por salvaje e injusta que esta sea. Por lo general, representa un punto de inflexión en sus obras. Este Lawrence no está interesado en promover la pornografía por su propio bien, como se le acusaba en su tiempo. Tampoco está interesado en defender ideas que puedan llevarlo a un desarrollo social o a un avance en la cultura, como se defendía en los sesenta, y que sí era una de las metas implícitas del predicador. Al Lawrence visionario le importa el poema, la visión efímera, la literatura concebida como una llama momentánea.

En un ensayo sobre D. H. Lawrence, Aldous Huxley, quien lo conoció en persona, rememora una conversación entre los dos en la

que Lawrence defendía la idea de la duración del arte. A diferencia del Keats de la “Oda a una urna griega”, que considera que el arte más bello es inmortal y que su fuerza perdura por los siglos de los siglos, Lawrence tenía la idea de que el arte debía saber morir, de que debía dar paso a nuevas formas, a nuevos tipos de arte. Por decirlo de algún modo, el arte debía ser hecho en madera y pudrirse con el paso de los días, como una parte más de la naturaleza, para que otras cosas pudieran ocupar su lugar. Creo que en esta pequeña anécdota se encierra la visión central de la estética de Lawrence: el arte se encuentra supeditado a la ley natural, y como tal es parte misma de la naturaleza. Hamlet afirmaba que el arte era un espejo de la naturaleza, y mostraba las cosas como eran, aunque fuese solo desde cierta perspectiva. Oscar Wilde defendía que el arte era una forma de rebelión contra la naturaleza en la que el ser humano imponía una visión de orden sobre el caos del universo. Para Lawrence, el arte es una expresión de la naturaleza, al igual que un leopardo o una manzana o un atardecer: debe brillar en el momento que se le asigna y luego morir para dejar espacio a nuevas cosas.

Uno de los preceptos literarios de Lawrence que ha perdurado en el tiempo indica que hay que creerle al cuento y no al cuentista. En otras palabras, el arte se puede defender solo y no necesita de nadie que lo esté interpretando. Los poemas de esta antología deberían hablar por cuenta propia, pero quisiera compartir un poema a modo de ejemplo de la poética del Lawrence visionario. En este poema, titulado “Leyendo una carta”, una mujer está dormitando bajo un roble y de repente siente que algo la eleva y la transporta hacia un desierto donde contempla un batallón. No hay nada más en el desierto, ningún sonido excepto el de una máquina chirriando de forma constante. Luego, ella vuelve al parque y todo lo ve distinto, como si el mundo hubiese adquirido un tinte negativo, mientras ya empieza a anochecer. Lawrence quería transportar a su audiencia de

la misma forma en cada uno de sus poemas, a través de una visión efímera pero potente, donde el lector se sintiera transportado hacia la esencia del objeto poético, para luego volver a la realidad y ver todo con nuevos ojos, con una nueva vida, solo para volver a resplandecer: morir y renacer en el próximo poema, en un ciclo eterno hasta la muerte, como el ciclo natural de todas las cosas.

Pablo Saavedra

Mar

Algas marinas

Las algas marinas se mecen y se mecen y se arremolinan
como si la oscilación fuese su forma de quietud;
y si se azotan contra feroces rocas
se deslizan sobre ellas como lo hacen las sombras, sin hacerse daño.

Crepúsculo

Crepúsculo
sumergidos en un denso atardecer
y una voz oculta como el agua cloqueando
despiadada e incesante.
Mientras la oscuridad hunde las rocas
y salpica tibia entre las nalgas.

El mar

Tú, que eres del todo indiferente, sin amor, tú;
Inquieto y solitario, sacudido por tus propios humores,
Eres célibe y soltero, despreciando incluso a un acompañante,
Trillando tus propias pasiones sin mujer para el piso de trilla,
Terminando tus sueños solo por tu propio interés,
Jugando tu gran juego alrededor del mundo, solo,
Sin tener con quien jugar, o quien te ayude, sin tener a nadie a
[quien atesorar,
Nadie a quien consolar y rechazando cualquier forma de consuelo.

No como la tierra, la cónyuge toda llena de aumento
Sobrepasada con la crianza de las muchas bocas de sus crías;
Eres soltero, eres sin fruto, fosforescente, frío e insensible,
Desnudo de adoración, de amor o de adorno,
Despreciando la panacea incluso del trabajo,
Comprometido con un sin propósito alto y espléndido
De meditar y deleitarse en el secreto de los acontecimientos de la vida,
Mar, solo tú eres libre, sofisticado.

Tú que no trabajas, tú que no tejes,
¡Claro, pero para ti y los tuyos, trabajar duro
No valía la pena, ni tejer valía el esfuerzo!

Tú que tomas la luna como en un cedazo, y la tamizas
Copo por copo y extiendes su significado;
Tú que haces rodar las estrellas como joyas en tu palma,
Tal que parecen pronunciarse en voz alta;

Tú que extraes de los días su color,
Revelas el tinte universal que tiñe
Su red; que ensombreces los grandes gestos y expresiones del sol
De modo que parece un extraño en su paso;
Que expresas con certeza la noche muda;
Mar, tú sombra de todas las cosas, ahora te burlas de nosotros hasta la
[muerte con tus sombras.

Bournemouth

El mar, el mar

El mar disuelve tanto
y la luna se lleva mucho más de lo que conocemos—

Una vez que la luna desciende
y el mar nos cautiva
ciudades se disuelven como sal de roca
y a la vida se le derrite el azúcar
el hierro se borra como una vieja mancha de sangre
el oro desaparece en una sombra verde
el dinero ni sedimento hace
y solo el corazón
reluce en un triunfo salado
sobre todo lo que ha conocido, que ahora se ha ido hacia la nada salada.

Se dice que el mar no tiene amor

Se dice que el mar no tiene amor, que en el mar
el amor no puede vivir, sino tan solo las desnudas astillas de sal
de la vida sin amor.

Pero desde el mar
saltan los delfines en torno al barco de Dionisio
a cuyos mástiles se adhieren púrpuras vides,
y emergen saltando con su oscuro púrpura de arcoíris
y ¡una vuelta! ¡ahí van! cayendo en picada de puro goce;
y el mar le hace el amor a Dionisio
en los saltos de estas pequeñas ballenas felices.

¡Las ballenas no lloran!

Dicen que el mar es frío, pero el mar contiene
la más ardiente sangre de todas, y la más salvaje, la más urgente.

Todas las ballenas en las profundidades más amplias, calientes son,
[mientras insisten
e insisten, y bucean bajo los icebergs.

Las ballenas francas, las de esperma, las cabeza de martillos, las orcas,
¡ahí soplan, ahí soplan, el caliente aliento, blanco y salvaje que sale
[del mar!

Y se mecen, y se mecen, por los sensuales tiempos sin tiempo
en las profundidades de los siete mares,
y entre la sal vacilan en su ebrio gozo
y en los trópicos se estremecen de amor
y ruedan con deseo, fuerte y masivo, como dioses.

El gran macho yace sobre su novia
en la profunda cama azul del mar,
como montaña presionando a montaña, en el júbilo de la vida:
y desde el rugido interior del interno océano rojo de sangre de ballena
la larga punta llega fuerte, intensa, como la punta de la vorágine, y
[llega a descansar
en el abrazo y el agarre suave y salvaje del insondable cuerpo de
[la hembra.

Y sobre el puente del firme falo del macho, uniendo la maravilla de
[las ballenas
los arcángeles ardientes bajo el mar siguen pasando, de un lado a otro,

siguen pasando, arcángeles de felicidad
de él a ella, de ella a él, grandes Querubines
que atienden a las ballenas en medio del océano, suspendidos en las
[olas del mar
gran cielo de ballenas en las aguas, antiguas jerarquías.
Y las enormes ballenas madres yacen soñando amamantando sus
[tiernas ballenas crías
y soñando con extraños ojos de ballena muy abiertos en las aguas del
[comienzo y el final.

Y los machos juntan sus hembras y ballenas crías en un círculo
cuando el peligro amenaza, en la superficie de la inundación incesante,
y se extienden como grandes feroces Serafines enfrentando la amenaza,
rodeando sus hacinados monstruos de amor.
Y todo esto pasa en el mar, en la sal
donde Dios también es amor, pero sin palabras:
y Afrodita es la esposa de las ballenas
¡muy feliz, feliz ella!
y Venus salta entre los peces y es delfina
ella es la marsopa feliz y gozosa jugando con el amor y el mar
ella es el atún hembra, redonda y alegre entre los machos
y densa con sangre alegre, dicha de oscuro arcoíris en el mar.

Tierra

Árboles en el jardín

Ah, en el aire de tormenta
¡qué quietos están los árboles!

Y el tilo, encantador y alto, cada hoja silenciosa,
apenas suelta siquiera un último aliento de perfume.

Y el arbolito de hojas, fantasmal y color crema,
blanco, blanco marfil entre el verde enmarañado
¡qué evanescente y variegado anciano, dudando en la hierba verde
como si, en otro momento, fuera a desaparecer
con toda su gracia de espuma!

Y el alerce que es solo una columna, sube tan alto que no se ve:
y el pino balsámico, azul con el azul grisáceo del azul de las cosas
[del mar,
y el haya cobriza joven, sus hojas con las puntas rojo-rosadas,
qué quietos están todos juntos, tan quietos
en el aire de tormenta, todos extraños entre sí
mientras la hierba verde brilla hacia arriba, extraños en el jardín
[silencioso.

Lichtental

Bajo el roble

Tú, si tú fueses sensata,
Cuando te digo que las estrellas destellan señales, cada una terrible,
Tú no te voltearías y me responderías
“La noche está maravillosa”.

Incluso tú, si tú supieras
Como esta oscuridad me empapa completamente e impregna
Un profano temor en mi éter, te detendrías a diferenciar
Lo que duele de lo que divierte.

Porque te digo,
Bajo este poderoso árbol, todo el líquido de mi alma
Se aleja de mí como un sacrificio de humo
En la navaja de un druida.

Nuevamente, te digo, yo sangro, atado con tallos de sauce.
Mi vida se agota.
Te digo, mi sangre se agota al pie de este roble,
Gota tras gota.

Sobre mí se alza el muérdago nacido de sangre
En el turbio humo.
Pero, ¿quién eres tú, trinando de aquí para allá
Bajo el roble?

¿Qué cosa mejor eres tú? ¿Qué peor?
¿Qué tienes que ver tú con los misterios
de este antiguo lugar, de mi antigua maldición?
¿Qué lugar tienes en mis historias?

Cangura

En el hemisferio norte
La vida parece saltar al aire, o deslizarse bajo el viento
Como ciervos en suelo rocoso, o caballos pateando, o ágiles conejos de
[rabo corto.

O si no se precipita en horizontal para embestir el horizonte del cielo,
Como toros o bisontes o cerdos salvajes.

O resbalarse como agua escurridiza hacia sus fines,
Como zorros, armiños, lobos y perritos de la pradera.

Solo ratones y topos y ratas y tejones y castores y quizás osos
Cuyas barrigas parecen apuntar hacia el ombligo de la tierra.
O las ranas que cuando saltan vienen plop, y plop hacia el centro de
[la tierra.

Pero la cangura antípoda amarilla, cuando se sienta erguida,
Quién puede desplazarla, como una gota líquida que pesa y apenas
[toca el suelo.

La gota en descenso.
El deseo del descenso.
Mucho más denso que las ranas de sangre fría.

Delicada madre Cangura
Sentada a lo conejo, pero inmensa, pesada como plomo,

Y levantando su hermosa cara delgada ¡oh! mucho más gentil y
[finamente marcada que la del conejo, o la liebre,
Alzando su cara para mordisquear una blanca y redonda hoja de
[menta, que le encanta, sensible madre Cangura.

Su larga, delicada cara de raza pura
Sus redondos ojos antípodas, tan oscuros,
Tan grandes y quietos y remotos, habiendo visto tantos amaneceres
[vacíos en la Australia silente.
Sus manos sueltas y pequeñas, sus hombros victorianos caídos. Y luego
[su gran peso por debajo de su cintura, su vasta barriga blanca
Con una joven patita colgando por fuera y el rezago de una larga y
[delgada oreja, como cinta,
Como un curioso adorno al centro de su panza, el delgado colgar
[de una pequeña pata inmadura y una oreja delgada.

Su panza, sus grandes ancas
Y además la gran musculosa elongación de pitón de su cola.

Bueno, no comerá más hojas de menta.
Entonces ella, con anhelo y sensibilidad, olfatea el aire, y después
[gira y se va dando lentos y tristes saltos

En los largos esquís de sus piernas,
dirigida e impulsada por esa cola-serpiente de acero.

Para de nuevo, da media vuelta, curiosa por mirar atrás.
Mientras algo se mueve rápido en su barriga, y una flaca carita sale,
[como de una ventana,
Pálida y un tanto abatida,
Para solo desaparecer veloz de nuevo de la vista del mundo, para
[hundirse y acurrucarse en el calor,

Dejando la huella de otra pata sobresaliendo.

¡Y aún ella mira, inclinada en una eterna melancolía!
Qué llenos sus ojos, como los ojos brillantes, insondables, de un
[niño negro de Australia
Quien ha estado perdido tantos siglos al margen de la existencia!

Ella mira con insaciable nostalgia.
Siglos incontables de mirar esperando que algo venga,
Para una nueva señal de la vida, en esa silenciosa y perdida tierra
[del sur.

Donde nada más muere que los insectos y las serpientes y el sol,
[vida minúscula
Donde jamás ningún toro ha bramido, ninguna vaca mugido,
[ningún ciervo berrido, ningún leopardo rugido, ningún
[leon tocido, ningún perro ladrado,
Pero todo era silente excepto el loro ocasional, en el hechizado
[bosque azul.

Mirando melancólica, con hermosos ojos líquidos.
Y todo su peso, toda su sangre, goteando desde el saco hacia el
[centro de la tierra,
Y el pequeño inquieto metiendo su pata a la entrada de su panza.

Salta pues, y baja por la línea que lleva hacia el centro pesado y
[profundo de la tierra.

Sidney

Cisne

Distante
en el núcleo del espacio
en el instante
del tiempo
aletea
y vuelve a la quietud
el gran cisne en las aguas de todos los finales
el cisne dentro del vasto caos, dentro del electrón.

Para nosotros
ya no nada en calma
ni repica por las fuerzas dejando una gran estela radiante de
[energía positiva,
ni está anidando pasivo sobre los átomos,
ni volando al norte en desolación hacia la nieve
hasta el sueño de hielo,
ni alimentándose en los pantanos,
ni graznando cual bocina en el ocaso.

Pero se inclina, ahora
en la oscuridad
sobre nosotros;
aplasta a nuestras mujeres
y a nosotros los hombres nos aparta

a medida que la vasta ave blanca
fisura a nuestras mujeres sin plumas,
con zarpazos desconocidos
y estampa su pie negro enlodado en sus pieles blancas y esponjosas.

Cuando la fruta madura cae

Cuando la fruta madura cae
su dulzura se destila y se va goteando por la venas de la tierra.

Cuando la gente plena muere
el aceite esencial de su experiencia entra
en las venas del espacio viviente y le añade un lustre
al átomo, al cuerpo del caos inmortal.

Porque el espacio está vivo
y vibra como un cisne
cuyas plumas brillan
sedosas con el aceite de la experiencia destilada.

Dos elefantes actuando

Él se para con sus patas delanteras sobre el tambor
y la otra, la vieja, la pálida hembra canosa
debe deslizar su gran volumen debajo del puente de él.

De rodillas, con suma cautela
toda ansiosa y enroscando su trompa
ella lo flanquea sin molestarlo.
¡Triunfo! ¡El antiguo monstruo con cola de cerdo!

Cuando su truco es pasar por encima de él
con qué cuidado lento y sombrío
ella lo roza, sensible
como sombras de edades pasadas y perecidas
en tocarlo y plantar sus redondas patas.

Mientras que los niños tenues y modernos, medio asustados
miran en silencio. El acecho de las eras canosas y lejanas
es demasiado para ellos.

El lobo rojo

Sobre el corazón del oeste, el desierto de Taos,
Un águila vuela en círculos,
Y está oscuro entre él y yo.

El sol, mientras espera un instante, líquido e inmenso
Parado sin pies en la orilla de la meseta lejana
Dice: *¡Mira entonces por una larga última vez! ¡Mira! ¡Mira bien!*
[Me voy.

Y así él pausa y es admirado, y desaparece en el momento.

Y el indio, envuelto hasta los ojos en una tela blanca,
Con la tela ceñida sobre sus cejas,
De pie dice: *¡Ves, soy invisible!*
¡Observa lo inobservable que soy!
¡Lo invisible en su velo!

Ahora que el sol se ha ido, y las hojas de todos los álamos
Se han caído, o están a punto de caer,
Y los ponis están en el corral,
Y es de noche.

Pues, más ha pasado que todo esto,
Y algo ha llegado.
Un lobo rojo está en el borde oscuro rojo de la sombra.

El día se ha hecho polvo en el desierto gris-salvia
Como un Cristo blanco caído vuelto polvo desde su cruz;
Hecho polvo, ceniza, en el suelo crepuscular del desierto.

Y un crucifijo negro como un árbol muerto abriendo sus alas;
Quizás un águila negra con sus alas abiertas
Dejada a solas en la noche
En una especie de alabanza.

Y descendiendo sobre nosotros, fuera de la concavidad oscura
De las alas del águila,
Y la rendija ataúdica por donde se ven los ojos del indio,
Y la ausencia de hojas del chopo, o del álamo,
Incluso la ausencia de asnos cruzados por la oscuridad
Vienen altos y viejos demonios, sonriendo
La sonrisa del indio,
Diciendo: *¿Cómo te va carapálida?*

Estoy bien, viejo demonio,
¿Cómo andas tú?

Dime Harry si quieres,
Dime viejo Harry dice él.
O Nicolás abreviado
Nico, Viejo Nico, ¿quizás?

Bueno, eres un demonio viejo y oscuro,
Y yo soy un carapálida como un perro callejero
Que ha seguido el sol desde el alba por el este
Andando al este y al este y al este hasta que el sol mismo se fue a casa,
Y me dejó vagabundo aquí en la oscuridad al pie de tu puerta.
Cómo crees que nos llevaremos,
Viejo demonio, ¿tú y yo?

*Tú y yo, carapálida,
Carapálida tú y yo
No nos llevamos.*

¿Podríamos intentarlo?

*¿Dónde está tu dios, tú blanco?
¿Dónde está tu dios blanco?*

Él se hizo polvo con el caer del crepúsculo,
Era humo mientras yo daba
El último paso fuera del este.

*Entonces eres un perro blanco perdido de un carapálida,
Y el día ahora ha muerto...*

Tócame con cuidado, viejo padre,
Mi barba es roja.

*Flaco lobo rojo de carapálida.
Flaco lobo rojo vete a casa.*

No tengo hogar, viejo padre,
Es por eso que he venido.

No recogemos a ningún vagabundo hambriento de los carapálida...

Padre, no es una pregunta.
He venido. Estoy aquí. El rojo lobo del alba
Husmea por tus sitios.
Alza su voz y aúlla a las murallas del pueblo
Anunciando su llegada.

*Los perros del oscuro pueblo
Son de colmillos largos...*

¿Ha trotado el lobo rojo al este y al este y al este
Desde el lejano, el lejano extremo opuesto del día
Para temerle a unos pocos colmillos?

Al otro lado del río del pueblo
Ese oscuro y viejo demonio y yo
Entonces intercambiamos unas pocas palabras

Y lobo, me dice, y rojo.
Yo no lo llamo de ninguna forma
Él dice, en cambio, que él es Camino-Estrella.
Yo le digo que él puede volver por los mismos andares.

Por mi parte...
Desde que he perseguido la cola del sol más lejos que nunca la criatura
[se fue hacia el oeste

Y lo perdí aquí,
Me voy a sentar en mi cola aquí mismo
A esperar que él vuelva con un nuevo cuento.
Soy el lobo rojo, dice el viejo padre.
Está bien, el lobo rojo del alba soy.

Taos

El mosquito sabe

El mosquito bien sabe, aunque sea pequeño,
es un depredador.

Pero al fin y al cabo,
él solo bebe hasta saciarse,
no pone mi sangre en el banco.

Ganarse la vida

Una persona nunca debe ganarse la vida
si se gana su vida, ella será hermosa.

Un ave recoge con desinterés
sus semillas o pequeños caracoles
entre el desinterés de la tierra y el cielo.

Pero, este pequeño y osado amigo, a la vida le da
canción y gorjeo, alegres plumas, calidez oculta bajo su plumaje
y todo el infable encanto de aves saltando y revoloteando y siendo aves.
Y nosotros, nosotros lo recibimos todo a cambio de nada.

Granada

Me dices que estoy equivocado.

¿Quién eres tú, quién es nadie para decirme que estoy equivocado?

No estoy equivocado.

En Siracusa, piedra raída por la violencia de las mujeres griegas,

Sin duda te has olvidado de los granados floreciendo,

Tantos y tan rojos.

Mientras que en Venecia,

Abominable, verde, resbalosa ciudad

Con sus Dogos viejos de ojos ancianos,

En el denso follaje del jardín interior

Granadas como brillantes piedras verdes.

Y con púas, con púas formando coronadas,

¡Oh, corona de espinas verdes y metálicas,

Y creciendo!

Ahora en Toscana,

Granadas para entibiar las manos;

Y coronas, majestuosas, generosas, coronas

Inclinadas sobre la ceja izquierda.

Y si te atreves, ¡la fisura!

¿En serio me dices que no verás la fisura?

¿Que prefieres mirar el lado plano?

A pesar de esto, los soles ponientes se abren.
El final se agrieta con el comienzo:
Rosado, blando, reluciente dentro de la fisura.

¿En serio me dices que no debería haber fisura?
¿Sin gotas compactas, relucientes del rocío?
¿Quieres decir que está mal, la piel de capa áurea, el integumento,
[mostrando su ruptura?

Por mi parte, prefiero que mi corazón esté quebrado.
Es tan hermoso, el alba caleidoscópica dentro de la grieta.

San Gervasio en Toscana

Higueras desnudas

Higueras, raras higueras
Hechas de plata gruesa y lisa,
Hechas de plata, dulce y sin mancha en el aire marítimo sureño—
Digo sin mancha, pero quiero decir opaco—
Plata, gruesa y de piel lisa, opaca solo como las extremidades humanas
[son opacas

Con el lustre de vida,
Desnudas con la luz tenue de la vida plena y saludable
Que siempre es semioscura,
Y suave como pétalos de pasionaria,
Como pasionarias,
Con el brillo semisecreto de una pasionaria colgando de la roca,
Higuera desnuda, grande, complicada, malla floral sin tallo,
Floridamente desnuda en tu piel, y emitiendo matices de vida.
Tal como un pulpo, pero un pulpo extraño y de miríadas de
[extremidades dulces;
Como una anémona de mar desnuda, de dulce piel desnuda, como
[oriunda de las rocas,
Floreciendo de la roca con misteriosa arrogancia.

Déjame sentarme bajo el candelabro y sus muchas ramas
Que vive sobre esta roca
Y me río del Tiempo y me burlo de la aburrida Eternidad,
y me burlo del rancio Infinito,
Dentro del olor piel de este árbol retorcido,
Que ha guardado tantos secretos bajo su manga,
Y ha estado riéndose por tantas épocas

Del ser humano y su incomodidad,
Y su intento de asegurarse que lo que es no es,
Bajo su manga.

Déjame sentarme bajo el candelabro y sus muchas ramas
El candelabro judío, de siete brazos y apestando a sebo, pateado por el
[precipicio

Y toda su justicia de sebo despojada,
Y deja darme cuenta cómo se comporta.

Y ver cómo se alza vez tras vez al cielo,
Vez tras vez directo al cielo,
Con maravillosa y desnuda seguridad, cada ramita
Cada una yendo directo al cielo
Como si fuera el líder, el tallo principal, el predecesor,
Intento en sostener la vela del sol en la punta de su glena,
Solo ella.

Cada pequeña rama
A penas emanada del costado del muslo de su predecesor
Que ahí va sin aprensión
A sostener la única e inigualable vela viva del sol en su glena.
Casualmente da a luz a otro brote joven de su muslo,
Que enseguida sale a ser el único e inigualable,
Y sostener la vela viva del sol.

¡Oh candelabro con tus muchas ramas, oh extraña higuera presumida,
Oh raro Demos, donde cada ramita es la archirramita,
Cada una imperiosamente por sobre e igual a la otra, la igualdad
[superándose a sí misma
Como las serpientes en la cabeza de Medusa,
Oh desnuda higuera!

Aun así, sin duda cada uno de ustedes puede ser la glena del sol tan
[bien como el otro.

¡Demos, Demos, Demos!

Demonio, también,

Retorcida higuera, acertijo de igualdad, con tus secretas y cohibidas
frutas.

Taormina

Lagartija

Una lagartija salió detrás de una roca, escuchando
sin duda el sonido de las esferas.

¡Y qué personaje más galante! ¡el gesto perfecto de mentón para ti
y un meneo de la cola!

Si los hombres fuesen tan hombres como las lagartijas lagartijas
valdría la pena observarlos.

Las cosas hechas por el hierro

Las cosas hechas por el hierro y blandidas por el acero
nacen muertas, son mortajas, nos chupan la vida.

Hasta que después de un largo tiempo, cuando son viejas y se han
[impregnado en nuestra vida
se vuelven tranquilas y tranquilizan; entonces las botamos.

Los ladrones de cerezas

Bajo las largas y oscuras ramas, como joyas rojas
En el cabello de una joven del Oriente
Cuelgan hileras de cerezas escarlatas, como
Gotas de sangre bajo cada rizo.

Bajo las relucientes cerezas, con alas cerradas
Yacen tres aves muertas:
Zorzales de pecho blanco y un mirlo, ladronzuelos
Manchados con tinta roja.

De pie contra el pajar una joven se ríe de mí,
Cerezas cuelgan de sus orejas.
Me ofrece su fruta escarlata: yo buscaré
Si le hallo alguna lágrima.

El mosquito

¿Cuándo comenzaron tus trucos,
Monsieur?

¿Para qué te paras en esas patas tan largas?
¿Por qué este largo de pierna trizada,
Usted, su Exaltación?

¿Es para alzar tu centro de gravedad hacia arriba
Y pesar no más que el aire al posarte en mí,
Y pararte encima mío sin peso, tú, fantasma?

Escuché a una mujer llamarte Victoria Alada
En la vaga Venecia.
Giras tu cabeza hacia tu cola, y sonríes.

¿Cómo logras contener tanta diablura
En esas trizas fantasmas y translúcidas
De tu frágil cuerpo?

Raro, con tus alas delgadas y piernas que fluyen,
Cómo viajas como garza, o un soso coágulo de aire,
Una nada.

Mas, qué aura te rodea;
Tu pequeña aura de mal, y extendiendo anestesia sobre mi mente.

Ese es tu truco, tu pizca de magia sucia:
La invisibilidad, y el poder anestésico
De sumir mi atención en ti.

Pero ahora conozco tu juego, veteadado hechicero.
Raro, como merodeas el aire.
En círculos y evasiones, envolviéndome,
Demonio alado.
Victoria Alada.

Pósate, y párate en patas largas y delgadas
Ojeándome en tu periferia, y con astuta consciencia de que yo estoy
[consciente,
Tú, mota.

Odio como te tambaleas de lado a lado en el aire
Habiendo leído mis pensamientos contra ti.

Ven, pues, juguemos al no saber,
Y a ver quién juega mejor al disimulo.
Hombre o mosquito.

Tú no sabes que yo existo, y yo no sé que tú existes.
¡Así es!

Es tu trompa,
Es tu odiosa trompa pequeña,
Puntiagudo malvado,
Lo que sacude mi súbita sangre en odio por ti:
Es tu clarín, pequeño, alto y odioso en mi oído.

¿Por qué lo haces?
Sin duda es una mala política.

Dicen que no puedes evitarlo.

Si es así, entonces creo un poco en la Providencia protegiendo a los
[inocentes.

Pero suena tan increíblemente como una consigna,
Un grito de triunfo mientras arrancas mi cuero cabelludo.

Sangre, roja sangre
Sobremágica
Licor prohibido.

Contemplo que te paras
Por un segundo en el espasmo del abismo,
En éxtasis obscuro
Chupando sangre viva,
Sangre mía.

Qué silencio, qué transporte suspendido,
Qué ataque,
Cuánta obscenidad de transgresión.

Tambaleas
Y bien debes.
Solo tu maldita peluda flaqueza,
Tu propia imponderable ingravidez
Te salva, te lleva flotando en la misma corriente que mi enojo hace
[en su arrebató.

Te alejas con un himno burlón
Gota de sangre alada.

¿No podré sobrepasarte?

¿Eres demasiado para mí

Victoria Alada?

¿No seré mosquito suficiente para ser más mosquito que tú?

¡Raro, qué grande la mancha que hace mi sangre chupada

Al lado de la ínfima tacha de ti!

¡Rara, aquella marca tenue y oscura en la que has desaparecido!

Siracusa



Nísperos y frutos del serbal

Me encantan, podridos,
Deliciosa putrefacción.

Me encanta sacarte de tus pieles a sorbos,
Tan marrón y blando, y saliendo suave,
Tan mórbido, como dicen los italianos.

Cuál raro sabor, reminiscente y poderoso,
Sale de tu caída a través de las fases de descomposición:
Arroyo dentro de arroyo.

Algo del mismo sabor del vino moscatel de Siracusa
O el Marsala vulgar.

Aunque incluso pronto la palabra Marsala olerá a preciosismo
En el cauteloso Occidente.

¿Qué es?
Qué es, en la uva volviéndose pasa,
En el níspero, en el fruto del serbal,
Botas con morbosidad marrón,
Excremento otoñal;
¿Qué es aquello que nos recuerda a los dioses blancos?

Dioses desnudos como nueces blanqueadas,
Extrañamente con fragancia a piel y media siniestra,

Como sudados,
Y empapados en misterio.

Frutos del serbal, nísperos con coronas muertas.
Digo, maravillosas son las experiencias infernales
Dioniso del Inframundo,
Órfico, delicado.

Un beso, y un vívido espasmo de despedida, el orgasmo del momento
[de ruptura,
Después solo, por el camino húmedo, hasta la próxima esquina.
Y allí, una nueva pareja, una nueva separación, un nuevo desenredo
[que se parte,
Una nueva bocanada de más aislamiento,
Una nueva intoxicación de soledad, entre heladas hojas pudriéndose.

Recorriendo las extrañas rutas del infierno, más y más intensamente solo,
Las fibras del corazón deshilándose una tras otra
Y aun así el alma continúa, a pie descalzo, nunca tan vívidamente
[encarnada
Como soplar una llama que se vuelve blanca y más blanca
En una oscuridad más y más profunda
Cada vez más exquisita, destilada a solas.

Por lo tanto, en las raras réplicas de los nísperos y el fruto del serbal
La destilada esencia del infierno.
El exquisito olor de despedirse.
¡Jamque vale!
Orfeo, y las rutas sinuosas del infierno, tupidas de hojas y silentes.

Cada alma partiendo con su propio aislamiento,
La más extraña de las extrañas compañías,
Y la mejor.

Nísperos, frutos del serbal
Más que dulce
Flujo del otoño
Succionado de tus vejigas vacías

Y sorbidos, tal vez, con un sorbo de Marsala
Para que la uva errante, caída del cielo, sume su música a la tuya,
Partida órfica, y adiós, y adiós
Y el *ego sum* de Dionisio
El *sono io* de la embriaguez perfecta
Embriaguez de la soledad final.

San Gervasio

Otoño en Taos

Sobre los costados curvos de las Rocallosas, los álamos del otoño,
Los álamos del otoño,
Como el cabello amarillo de una tigresa cruzada con pinos.

Sentado en mi alfombra de desierto, salvia de la meseta,
Una piel ceniza
De lobo todo peludo y parejo, una piel salvaje de lobo.

Galope hacia las faldas moteadas, moteadas con cedros y piñón,
¿Has visto alguna vez una nutria?
Plateada a los lados, colmillos de pez, rostro fiero, con bigotes, moteada.

Cuando galopo en mi pequeño poni a través de los álamos del cañón,
Mírame cabalgando en paz entre las pendientes de las piernas doradas,
Grandes y con plumas brillantes del Halcón de Horus;
El halcón dorado de Horus
Extendido sobre mí.

Pero bajo los pinos
Voy lento
Como bajo la panza peluda de un gran oso negro.

Feliz de surgir y mirar hacia atrás
A los álamos amarillos y punzantes uno al lado del otro como
plumas,
Pluma sobre pluma sobre el pecho del grande y dorado
Halcón, como digo, de Horus.

Contento de estar afuera en la salvia en las faldas como un pez
[salpicadas de pinos,
Más allá de los bigotes de la nutria,
En el pelaje de la piel de lobo que se esparce por la pradera.

Y luego mirar atrás hacia los costados curvos de las Rocallosas en
[cuclillas,
Tigresa con rayas de álamos,
Pendientes de América salpicadas de jaguares, amarillas como pumas,
[lúvidas como leopardos.

Pon grande los ojos, pequeño poni
A todas estas pieles de bestias salvajes;
No te harán daño.

Colmillos y garras, talones, picos y ojos de halcón
Son débiles justo ahora.
Así que tranquilo.

Paz

Paz está escrito en la entrada
En lava.

Paz, negra paz coagulada.
Mi corazón no sabrá de paz
Hasta que estalle la colina.

Radiante, intolerable lava,
Radiante como un poderoso vidrio ardiente,
Descendiendo como una majestuosa serpiente por la montaña hacia
[el mar.

Bosques, puentes, ciudades
De nuevo perdidos en el brillante sendero de la lava.
Naxos miles de pies bajo las raíces del olivo,
Y ahora las hojas del olivo miles de pies bajo el fuego de la lava.

Paz coagulada en la lava negra a la entrada.
Adentro, blanca lava candente, nunca en paz
Hasta estallar en su avance, cegando, devastando la tierra;
Para volverse de nuevo piedra,
Piedra gris-negra.

¿A esto le llamas paz?

Taormina

Picaflor

Puedo imaginar que, en algún otro mundo
Tosco-primitivo, hace mucho tiempo
En esa la más terrible calma, que solo respiraba y tarareaba,
Los picaflores dominaban las avenidas.

Antes de que nada tuviera un alma,
Mientras la vida era un montón de Materia, mitad inerte,
Este pedacito se desprendió en resplandor
Y se fue zumbando a través de los tallos lentos, vastos, suculentos.

Creo que no había flores, entonces,
En el mundo donde el picaflor destelló antes de la creación.
Creo que atravesó las lentas venas vegetales con su largo pico.

Probablemente era grande
Como el musgo, y las pequeñas lagartijas, que dicen fueron grandes
[alguna vez.
Era quizás un monstruo punzante y aterrador.

Por suerte para nosotros,
Lo miramos a través del extremo equivocado del extenso telescopio
[del Tiempo.

Española

Puma

Escalando a través de la nieve de enero, entrando al cañón Lobo
Oscuros crecen las píceas, azul es el abeto, el agua suena aún
[descongelada, y el sendero aún es evidente.

¡Hombres!
¡Dos hombres!
¡Hombres! ¡El único animal en el mundo al que temer!

Dudan.
Dudamos.
Tienen un arma.
No tenemos arma.

Entonces todos avanzamos, para encontrarnos.

Dos mexicanos, desconocidos, emergiendo de la oscuridad y la
[nieve y la intimidad del valle del Lobo.
¿Qué están haciendo aquí en este sendero apenas visible?

¿Qué anda llevando?
Algo amarillo.
¿Un ciervo?

¿Qué tiene, amigo?
León—

Sonríe, tontamente, como si lo hubieran sorprendido haciendo algo malo.
Y sonreímos, tontamente, como si no lo supiéramos.
Se ve amable y de rostro oscuro.

Es una puma,
Un gato largo, largo y delgado, amarillo como una leona.
Muerta.

La atrapó esta mañana, dice, sonriendo tontamente.

Levanta su rostro,
Su rostro redondo y brillante, brillante como la escarcha.
Su cabeza redonda y finamente formada, con dos orejas muertas;
Y rayas en la brillante escarcha de su rostro, agudos, finos rayos oscuros,
Rayos finos, agudos y oscuros en la escarcha brillante de su rostro.
Hermosos ojos muertos.

¡Hermoso es!

Ellos salen hacia el llano;
Nosotros nos adentramos en la penumbra del Lobo.
Y sobre los árboles encontré su guarida,
Un agujero en las brillantes rocas naranjo-sangre que sobresalen, una
[pequeña cueva.
Y huesos, y ramitas, y un peligroso ascenso.

¡Entonces, ella nunca volverá a brincar así, con el destello amarillo del
[largo salto de una puma!

Y su brillante rostro escarchado nunca más mirará, desde la sombra
[de la cueva en la roca naranjo-sangre,
¡Sobre los árboles de la boca del valle oscuro del Lobo!

En vez, yo miro hacia afuera.
Y hacia la penumbra del desierto, como un sueño, nunca real;
A la nieve de la Sierra de la Sangre de Cristo, al hielo de las
[montañas de Picurís,
Y cerca del otro lado, en la pendiente opuesta de nieve, árboles verdes
[inmóviles en la nieve, como un juguete de Navidad.

Y creo que en este mundo vacío había lugar para mí y una puma.
Y pienso en el mundo del más allá, cuán fácilmente podríamos
[prescindir de un millón o dos de humanos
Y nunca los extrañaríamos.

Pero ¡qué vacío en el mundo, la ausente cara escarchada de esa amarilla
[y delgada puma!

Lobo

Verde

La mañana era de un verde manzana,
El cielo era vino verde alzado al sol,
La luna era un pétalo dorado entre medio.

Ella abrió los ojos, y verde
Brillaron, claros como flores por abrir
Por primera vez, ahora vistos por primera vez.

Icking

Cielo

¿No será extraño—?

¿No será extraño, cuando la enfermera traiga al recién nacido
al orgulloso padre, y muestre sus pequeños y palmeados pies verdosos

hechos para batir las aguas detrás de él?

¿o el ojo redondo, salvaje y vívido de un ganso salvaje mirando
hacia los cielos y océanos insondables?

¿o cuando lance ese impertérrito grito de pichón

de uno que se posará sobre icebergs y atravesará graznando por el

[Nilo?—

Y cuando el padre diga: ¡Esto no es nada mío!

Mujer, ¿de dónde sacaste esta pequeña bestia?—

¿habrá un silbido de alas en el aire y una helada corriente?

¿será el canto de los cisnes, más alto, más alto, invisible

lo que rompa los tambores de sus oídos

y lo deje para siempre esperando la respuesta?

Águila en Nuevo México

Hacia el sol, hacia el suroeste
Un pecho quemado,
Un pecho quemado, sacando pecho al sol como una respuesta,
Como una réplica.

Un águila encima de un arbusto de cedro bajo
En el desierto de ceniza de salvia
Que refleja el calor del sol en su pecho;
Águila, con la hoz goteando oscuramente en lo alto.

Erecto, blanco quemado emergiendo del pelo del cedro,
Erecto, con el impulso divino entrando en él desde abajo,
Águila con guantes de plumas
En plumas blancas quemadas
En plumas negras chamuscadas
En plumas todavía oxidadas por el fuego;
Hoz desbordada, hoz goteando en lo alto.

Pecho al sol,
Mirando hacia dos lados al mismo tiempo, a la derecha y a la izquierda;
Enmascarado
Máscara oscura
Máscara de hoz

Con hierro entre tus dos ojos;
Con guantes de plumas

Hasta los pies;
Pies fieros;
El erecto;
El impulso divino penetrándote incesantemente desde abajo.

Nunca miras al sol con ambos ojos.
Solo el ojo interior de tu pecho ancho quemado
Observa directo al sol.

Eres oscuro
Excepto tu pecho pálido quemado;
Y la oscuridad se aferra y se encorva hacia abajo con la fuerza de un arma
En tu pecho quemado,
Como una espada de Damocles,
Águila con pico.

Has hundido en la sangre tantas veces
Esa arma-rostro oscura, para templarla bien,
Ave sedienta de sangre.

¿Por qué enfrentas al sol con tanta obstinación,
Águila americana?
Como si tuvieras con él un antiguo, antiguo feudo, el gran sol; o
[una antigua, antigua alianza.

Cuando elegiste el corazón rojo humeante del conejo o el ave de
[sangre ligera
¿La levantaste al sol, como los monjes aztecas solían levantar los
[corazones rojos de los hombres?

¿Necesita el sol el vapor de la sangre, crees tú,
En América, todavía,
Vieja águila?

¿Navega el sol en Nuevo México como un ave de presa iracunda en
[el cielo

Sobrevolando?

¿Aúlla por sangre?

¿Agita él grandes alas sobre la pradera, como un ave sedienta de sangre
[sobrevolando?

¿Y eres tú su monje, gran águila,

A quien los indios se esforzaban en alcanzar?

¿Hay un pacto de sangre entre ustedes?

¿Está frío tu continente aún a causa de la era de hielo, que el sol está
[tan enojado?

¿Es la sangre de tu continente todavía un poco reptil,

Que el sol debería codiciarla?

No me rindo ante ti, águila grande con la quijada en el rostro.

Ni ante ti ni ante tu sol sediento de sangre

Que chupa toda la sangre

Y deja nerviosa a la gente.

Vuela lejos, gran ave con la gran espalda negra,

Vuela lejos lentamente, con un óxido de fuego en tu cola,

Oscuro como eres en tu lado oscuro, águila del cielo.

Hasta el sol en el cielo se puede dominar y doblegar al final

Mediante la vida en los corazones de los hombres.

Y a ti, gran ave, mirando al sol, con el pico negro y pesado

Te pueden despedir como portador de sacrificios.

Taos

La chara azul

La chara azul con una cresta en su cabeza
Llega por la cabaña en la nieve.
Corre en la nieve como un pedazo de metal azul,
Dándole la espalda a todo.

Desde el pino que se extiende y sisea como un pilar de nube chascona
Inmensa sobre la cabaña
Llega una risa chillona al acercarnos, esta pequeña perra negra y yo.
Y entonces se detiene la perrita negra extendida en sus cuatro patas
[en la nieve

Y alza su vista inquisitiva hacia el pilar de nube,
Con un toque de recelo.
¡C-A-U-A! sale del árbol el chirrido burlón.

¿Qué voz del Señor es esa, proveniente del árbol de humo?

Ay Bibbles, pequeña perra en la nieve,
Con una pizca de nieve en el surco de tu chistosa nariz respingada.
¿Para qué me miras a mí?
¿Para qué me miras con tal recelo?

Es la chara azul que se ríe de nosotros.
Es la chara azul la que se burla, Bibs.

Cada día desde que la nieve llegó
La chara azul se da vueltas rodeando la cabaña, atareada, recolectando
[pedacitos,

Dándonos a todos la espalda,
Oscilando su gruesa y oscura cresta por la nieve, como si nos dijera
[sombriamente:

Yo ignoro a todos los que miran hacia afuera.

Tú, ave metálica de azul ácido,

Tú, gruesa ave de cresta robusta,

¿Quién eres?

¿De quién eres jefe tú, con toda tu forma intimidante de ser?

¡Tú, ave azul de sulfato de cobre!

Lobo

Luna nueva

La luna nueva, sin importancia
se demora mientras que el sol amarillo brilla y se pierde más allá
[del límite del mar;
la tierra libera un humo azul;
la luna nueva, en fría altura por sobre el resplandor,
trae un dulce aroma del cielo a nuestros sentidos.

Noche del sur

Sube, tú, cosa roja.
Sube y sé llamada luna.

Los mosquitos esta noche pican
Como recuerdos.

Recuerdos, recuerdos del norte,
Mundo blanco de amarga picadura que nos parió
Hundiéndose en esta noche.

Llámalo alunecer
¿Esta roja anatema?

Asciende, tú, cosa roja,
Desplégate en un lento ascenso, oscuro como sangre;
Rómpele a la noche su membrana de estrellas tranquilas
Por fin.

Maculada
La roja Mácula.

Taormina

Noviembre cerca del mar

Ahora en noviembre se acerca el sol
bajando por el cielo abandonado.

Mientras lo oscuro lo rodea, se acerca
como en busca de compañía.

En la base de mi cerebro inferior
el sol en mí desciende hacia su solsticio de invierno
y lanza unos pocos rayos dorados
de vuelta al sol del año viejo al otro lado del mar.

Algunos rayos dorados se expanden hacia el rojo
mientras el sol en mi alma se pone
se pone feroz, impávido, invernal
pero se pone, se pone detrás del mar sonoro entre mis costillas.

El ancho mar gana, y lo oscuro,
el invierno, y el gran sol del día, y el sol en mi alma
se hunde, se hunde y el solsticio de invierno
en descenso, ellos corren en descenso
mi sol, y el gran dorado sol.

Palimpsesto del ocaso

La oscuridad emana de la tierra

Y las golondrinas se hunden en la palidez del oeste;
Del heno surge el clamor de niños alegres;
Mengua el viejo palimpsesto.

El alhelí rezuma su aroma,

Y una mariposa azul de luna pasa aleteando:
Y todo lo que el día mundano ha significado
Se desperdicia como mentira.

Los niños han abandonado su juego;

Una estrella solitaria en un velo de luz
Brilla tenue: el deshecho del día
Ya no está a la vista.

Tormenta en el bosque negro

Ahora es casi de noche, desde el suave cielo bronceíneo
jarra tras jarra de fuego líquido, blanco y puro, blanco brillante,
se rebalsa y derrama,
y ya no está
y el oro-bronce revolotea y se retuerce a través del denso aire superior.

Y mientras el líquido eléctrico se derrama, a veces
una serpiente blanca aún más brillante se retuerce en el medio,
[derramada
y en descenso se retuerce bajo el cielo:
y luego los cielos se ríen con sonidos toscos.

¡Y la lluvia no vendrá, la lluvia se niega a venir!

¡Esta es la electricidad que el hombre se supone que dominó,
encadenó, subyugó para su propio uso!
¡Se supone!

Entre iguales: la ecopoesía de D.H. Lawrence

Exilio y reencuentro. Estas son las dos tensiones que impulsaron el brote creativo de D. H. Lawrence durante los años reflejados en este libro (1920-1929). Su exilio desde el viejo continente, tras la finalización de la Primera Guerra Mundial, como consecuencia de todo aquello que vio y vivió, le trajo un desapego con lo humano, fomentado por la aparición de las máquinas, junto a una intención de dominar, someter y reinar sobre él y su entorno. El mundo que rodeaba a Lawrence había estado en pleno desarrollo y crecimiento industrial, especialmente en su nativa Inglaterra; pero tras la Gran Guerra, se volvería un mundo que dejaba en evidencia esa industrialización dañina para el ser humano, su psiquis y su entorno.

Todo ese desarrollo industrial solo llevó a la creación de las armas con la mayor capacidad destructiva hasta ese momento conocidas, arsenales que mecanizarían las matanzas en el campo de batalla. El mayor impacto mundial fue la aniquilación de miles de vidas, el irreparable daño psicológico para aquellos jóvenes soldados que nunca habían vivido una guerra tan devastadora y deshumanizante, donde el antiguo honor de ir a la guerra dio paso a un horror lleno de gas tóxico, alambres de púas y ametralladoras. Por eso Lawrence se impuso a sí mismo un exilio que lo vería recorrer desde Italia hasta Estados Unidos, específicamente Nuevo México, con estadías en Austria, Alemania, India y Australia. Este “peregrinaje salvaje”, como lo denomina Lawrence, le permitió reencontrarse con un mundo en claro contraste con el de Europa Occidental. Un mundo lleno de vegetación, animales salvajes y paisajes fuera del alcance de la

devastación de la guerra. Es en este punto donde Lawrence, con ojo nómada, extranjero, se reencuentra con la naturaleza que cada región ofrece: la mitología imbricada en la flora y fauna italiana, los Alpes del norte, el desierto de Nuevo México, las frutas y plantas que pueblan el mundo y que Lawrence podía ver, como dice el poema “Verde”: “como flores por abrir por primera vez / ahora vistos por primera vez”.

El principal libro de poemas de este periodo (1920-1929) es *Birds, Beasts, and Flowers* (1923), donde Lawrence, más que hacerle homenajes u odas a la naturaleza, indaga en ella y la centra en su verso, intentando captar su inmediatez. Podemos verlo en el poema “Cangura”, donde su protagonista —una cangura— existe plenamente en su mundo, conectada con la tierra y con la cría que carga en su bolsa marsupial. Y en el poema “La chara azul”, donde el ave se burla del mundo y de los que le miran, haciendo lo que le place. Es esta motivación de Lawrence —destacar en sus versos a los seres que describe sin antropomorfizarlos— lo que nos lleva a clasificar sus obras en esta selección como ecopoesía.

¿Qué es, entonces, la ecopoesía? Para responder nos hemos guiado por el ensayo de Caitlin Maling, “Planting Roots: A Survey of Introductions to Eco-poetry and Ecocriticism”, en el cual la autora hace una revisión bibliográfica de las varias perspectivas críticas sobre la ecopoesía. Maling menciona que, para varios autores, “la ecopoesía es simplemente cualquier poesía no antropocéntrica”. Este concepto implica que el humano deja de ser el protagonista en la poesía; por ende, la vegetación y los animales dejan de ser objetos y asumen protagonismo. Este concepto también puede implicar borrar o, al menos, poner en duda la distinción dualista cartesiana de mente/cuerpo y, en su lugar, enfocarse en el organismo y su entorno ecológico, con una mirada integrativa de cómo un ser habita su espacio, más que en cómo la mente se distingue de lo físico o cómo el ser se diferencia de su entorno. Si relacionamos este concepto a nuestra

selección poética, vemos que el hablante lírico de Lawrence se construye un lenguaje para dialogar con la naturaleza, nunca poniéndose por encima de las criaturas que observa, sino que describiendo cómo esta flora y fauna se mueven, cómo experimentan su espacio, cómo viven. Lawrence asume el rol de biógrafo y descriptor de estos seres vegetales y sanguíneos, y nunca busca la clasificación o la jerarquía entre los humanos y estos seres.

Aquello que sí busca Lawrence es, como dice Lockwood, la “experiencia espiritual [que] es al mismo tiempo la experiencia dentro del cuerpo . . . ‘la psiquis física, la psiquis orgánica y nerviosa’” (103). Esto Lawrence lo encuentra de forma contundente en las plantas y animales retratados en los versos de esta selección poética. Lawrence busca también lo que Lockwood describe como “el gran descenso . . . de la mente al poder”, donde “la vida no es y nunca fue nada más que criaturas vivas, no importa cuán grande hagas la ‘V’ mayúscula . . . la vida es inconcebible como una generalidad. Existe solo en criaturas vivas” (103). Nuestro autor no ve la vida disociada de los seres que la constituyen. Al contrario: para entender lo que es la vida hay que observarla y apreciarla encarnada en los seres. Cada ser contiene de cierta manera una versión única de la vida que no se puede abstraer.

Salir de lo antropocéntrico es también, en cierto modo, salir de ciertas aspiraciones evasivas humanas. Estas incluyen el deseo de elevarse de lo terrenal y lo subterráneo en lugar de reconocerse como parte de ellos, desconfiar de las profundidades en lugar de ver cómo se vive intensamente allí, preferir lo que está “arriba” por sobre lo que está “debajo”, procrear para dejar un legado en lugar del goce de mezclarse con un ser amado, vivir esta vida al servicio de una vida futura que no podemos ver ni experimentar antes de morir, y buscar algo de nosotros que perdure más allá de la muerte y la descomposición corporal en vez de experimentar el estar presente y situarse en esa existencia inmediata.

En poemas de esta antología como “Nísperos y frutos del serbal”, “Cangura”, “Se dice que el mar no tiene amor” y “Paz”, se muestra el punto de vista de seres no humanos. “Nísperos” empieza con un hablante lírico encantado con la podredumbre:

Me encantan, podridos,
Deliciosa putrefacción.
(...)
Frutos del serbal, nísperos con coronas muertas.
Digo, maravillosas son las experiencias infernales
Dioniso del Inframundo,
Órfico, delicado.

“Cangura” describe el peso de la cangura y cómo ese peso la lleva hacia abajo, en descenso:

Pero la cangura antípoda amarilla, cuando se sienta erguida,
Quién puede desplazarla, como una gota líquida que pesa y apenas toca
[el suelo.

La gota en descenso.
El deseo del descenso.
Mucho más denso que las ranas de sangre fría.

El mundo de la cangura es uno que se conecta con lo terrenal, con el centro de la tierra y con la cría que lleva en su bolsa. El calor del suelo y su vitalidad están metafóricamente en su punto, y esa conexión que tiene la cangura con la tierra, ese núcleo, le alimenta, le entibia la sangre, le otorga un poder y una estabilidad.

El poema “Se dice ...” habla del amor en las profundidades del mar si somos capaces de ver más allá de “las desnudas astillas de sal”:

Se dice que el mar no tiene amor, que en el mar
el amor no puede vivir, sino tan solo las desnudas astillas de sal
de la vida sin amor.

Pero desde el mar
saltan los delfines en torno al barco de Dionisio
a cuyos mástiles se adhieren púrpuras vides,
y emergen saltando con su oscuro púrpura de arcoíris
y ¡una vuelta! ¡ahí van! cayendo en picada de puro goce;
y el mar le hace el amor a Dionisio
en los saltos de estas pequeñas ballenas felices.

Lo que Lawrence expresa en este poema es el gozo dionisiaco que experimentan los delfines nadando y jugando por el mar. Dionisios aquí representa el éxtasis, el “ímpetu, fuerza vital y arrebató” (Real Academia Española, s.f., definición 2).

Finalmente, en el poema “Paz” vemos cómo Lawrence destaca las corrientes hacia abajo, el descenso de la lava de un volcán que, en sí, es el comienzo de una renovación:

Radiante, intolerable lava
Radiante como un poderoso vidrio ardiente
Descendiendo como una majestuosa serpiente por la montaña hacia
[el mar.

Bosques, puentes, ciudades
De nuevo perdidos en el brillante sendero de la lava.
Naxos miles de pies bajo las raíces del olivo,
Y ahora las hojas del olivo miles de pies bajo el fuego de la lava.

Tanto en su apreciación del flujo en descenso como en su descripción de la “majestuosa serpiente”, Lawrence busca mostrar fenómenos fuera de lo que los humanos suelen valorar. “Paz”, en contraste a las aspiraciones evasivas humanas mencionada antes, se detiene en el poder del descenso, la lava descendiendo y borrando todo a su paso: es decir, tierras, árboles y, en cierto sentido, el pasado (de Naxos y de los olivos), todo bajo el poder de la lava ardiente en su descenso serpentino. Esa serpiente, como dice Lockwood, emana del volcán “con quizás un gran potencial tanto destructivo como creativo detrás de él” (128).

De este modo, se fundamenta la idea de caracterizar la ecopoesía como un eje contrario a la mirada antropocéntrica. A partir de las imágenes construidas podemos decir que Lawrence en estos poemas tiene un deseo por entrar en ese ser que, más que ascender, describe. Lockwood menciona este ímpetu: “(...) los árboles guardan su secreto encerrado en sí mismo, el que no puede ser extraído de su encarnación física, o reducido por el análisis a términos abstractos. Ellos no representan, más sino contienen, un conocimiento y un modo de conocer ahora olvidado” (108). Esta idea se representa en el poema “Higueras desnudas”, cuando el hablante compara lo que sabe la higuera con lo que creen que saben los humanos, y se ríe junto al árbol de la incomodidad humana:

Déjame sentarme bajo el candelabro y sus muchas ramas
Que vive sobre esta roca
Y me río del Tiempo y me burlo de la aburrída Eternidad,
y me burlo del rancio Infinito,
Dentro del olor piel de este árbol retorcido,
Que ha guardado tantos secretos bajo su manga,
Y ha estado riéndose por tantas épocas
Del ser humano y su incomodidad,
Y su intento de asegurarse que lo que es no es,
Bajo su manga.

Una poética como la de D.H Lawrence encapsula esa necesidad de conocer, encarnar a un otro a través de la descripción y la imagen. Como autor, desea acceder a ese conocimiento secreto que la naturaleza esconde y que solo mediante el verso aflora. Por esta razón es que el término ecopoesía encaja con su poética. Si deseamos profundizar en la ecopoesía debemos nuevamente acudir a Mailing, quien cita tres criterios fundamentales para esta planteados por J. Scott Bryson, quien busca definir su alcance:

1) Reconocimiento de la naturaleza interdependiente del mundo,

2) un imperativo hacia la humildad en relaciones con ambos humanos y no-humanos,

3) y un intenso escepticismo con respecto a la hiperracionalidad.

Si aplicamos estos tres criterios a la poesía de Lawrence, podemos ver al menos parcialmente los ingredientes conceptuales que emplea una y otra vez para (re)presentar el mundo natural, cómo el humano se relaciona con y dentro de él, y cómo el intento de (hiper) racionalizar este mundo falla o se muestra insuficiente para entender, apreciar y experimentar una vida plena. A continuación podemos ilustrar varios poemas que ejemplifican los criterios mencionados.

El primer criterio se ve reflejado en el poema que le da el título a esta antología, “Cuando la fruta madura cae”, el cual muestra la visión de Lawrence de cómo toda existencia está interrelacionada, de nuevo evocando el descenso y la caída, y cómo esa caída significa una reintegración del ser en el mundo:

Cuando la fruta madura cae
su dulzura se destila y se va goteando por las venas de la tierra.

Cuando la gente plena muere
el aceite esencial de su experiencia entra
en las venas del espacio viviente y le añade un lustre
al átomo, al cuerpo del caos inmortal.

El segundo criterio, “humildad en relaciones con ambos humanos y no-humanos”, se ve en los poemas “Puma” y “¿No será extraño—?”. “Puma” habla de una puma que es asesinada por unos cazadores. Aquí el hablante medita sobre lo que hemos perdido:

Y creo que en este mundo vacío había lugar para mí y una puma.
Y pienso en el mundo del más allá, cuán fácilmente podríamos prescindir
[de un millón o dos de humanos

Y nunca los extrañaríamos.

Pero ¡qué vacío en el mundo, la ausente cara escarchada de esa amarilla y
[delgada puma!

En el poema llamado “¿No será extraño—?” habla de una criatura recién nacida que, a pesar de tener padres humanos, ha nacido ave. El poema contrasta dos formas de *reconocer*. La primera es la del padre horrorizado al no reconocerse en la cría: “Y cuando el padre diga: ¡Esto no es nada mío! / Mujer, ¿de dónde sacaste a esta pequeña bestia?—“. Y la segunda es la del hablante lírico invitándonos a reconocer el ave en sus propios términos y apreciar cuán magnífica puede ser su existencia:

sus pequeños y palmeados pies verdosos

hechos para batir las aguas detrás de él?

¿o el ojo redondo, salvaje y vívido de un ganso salvaje mirando
hacia los cielos y océanos insondables?

¿o cuando lance ese impertérrito grito de pichón

de uno que se posará sobre icebergs y atravesará graznando por el Nilo?—

Al padre solo le interesa si la cría se parece a él o no. Lawrence nos invita a que nos importe cómo esa ave va a vivir su vida sin pertenecerle a nadie.

Finalmente, el “escepticismo con respecto a la hiperracionalidad” se ve en poemas como “Las cosas hechas por el hierro”, donde Lawrence desvalora el impulso humano de fabricar máquinas con las cuales relacionarnos, y declara: “Las cosas hechas por el hierro y blandidas por el acero / nacen muertas, son mortajas, nos chupan la vida”.

El tercer criterio también se ve en el poema “Lagartija”, donde Lawrence nos presenta la lagartija en su medio más auténtico, habitando su espacio, y comenta: “Si los hombres fuesen tan hombres como las lagartijas lagartijas / valdría la pena observarlos”.

Podemos darnos la licencia de sustituir la lagartija por cualquier otro ser vivo en este poemario. Lo que vale para Lawrence es poner en palabras la existencia de lo que observa, sin buscar tanto un porqué ni tratar de ver cómo lo que describe impacta al ser humano. Los momentos del día, los animales y las plantas son lo que son y Lawrence quiere mostrarnos eso por sobre todo.

En resumen, esta antología eco-poética intenta ofrecer una muestra de poemas de D. H. Lawrence con un enfoque en la naturaleza y los seres que la habitan. Yendo de lo amplio a lo específico, vemos que Lawrence escapa de la visión antropocéntrica que pone al humano como protagonista, optando en su lugar por volver protagonistas a la flora y fauna descrita en sus versos. Este enfoque viene de un deseo de mostrar la amplia gama de seres y ambientes que existen más allá del entorno humano, valorando a las criaturas y los entornos en sus propios términos, sin buscar cómo se relacionan al ser humano. Estos poemas muestran una mirada de Lawrence que comulga con el hecho de que la naturaleza está interrelacionada, que el ser humano no domina su entorno sino que es parte de él, y que esta experiencia de estar en el mundo de forma directa e inmediata no se puede reducir a una racionalización o a una abstracción. A fin de cuentas, el mundo que nos muestra Lawrence en esta colección de poemas es uno que, más que ser entendido, debe ser vivido, y que “lo vivo” es lo que cuenta cuando hablamos de “la vida”, sin tratar de entender la vida más allá de los seres vivos que la componen. Si los antiguos griegos decían que la literatura servía para aprender a hablar con otros humanos, y el siglo XX concebía la literatura como una forma de aprender a hablar con nosotros mismos, la poesía de Lawrence es quizás la poesía del siglo XXI, pues nos enseña a hablar con nuestro entorno de tú a tú, es decir, de igual a igual.

Edward González

Agradecimientos

Me complace agradecerles a quienes han hecho este libro posible. A la Vicerrectoría de Investigación, por su interés en desarrollar proyectos a gran escala que enriquecen el conocimiento, la cultura y las habilidades artísticas de los miembros de nuestra universidad. Especialmente a Miryam Singer, Directora de Arte y Cultura, por liderar el Concurso Creación Artística (CCA), gracias al cual este libro es hoy una realidad. A nuestros asistentes, Gracia Armijo Galleo y Sebastián Villagra Pizarro, por su labor y entusiasmo a lo largo del proyecto. Han sido un equipo involucrado desde adentro en la compilación, la traducción, la edición y la difusión del proyecto. Finalmente, a nuestras dos ayudantes extraoficiales, Claudia Guada y Carolina Muñoz, por participar e invertir su tiempo leyendo y editando los textos.

ÍNDICE

13 **Mar**

- 15 Algas marinas
- 16 Crepúsculo
- 17 El mar
- 19 El mar, el mar
- 20 Se dice que el mar no tiene amor
- 21 ¡Las ballenas no lloran!

23 **Tierra**

- 25 Árboles en el jardín
- 26 Bajo el roble
- 28 Cangura
- 31 Cisne
- 33 Cuando la fruta madura cae
- 34 Dos elefantes actuando
- 35 El lobo rojo
- 39 El mosquito sabe
- 40 Ganarse la vida
- 41 Granada
- 43 Higueras desnudas
- 46 Lagartija
- 47 Las cosas hechas por el hierro
- 48 Los ladrones de cerezas
- 49 El mosquito

53	Nísperos y frutos del serbal
56	Otoño en Taos
58	Paz
59	Picaflor
60	Puma
63	Verde
65	Cielo
67	¿No será extraño—?
68	Águila en Nuevo México
71	La chara azul
73	Luna nueva
74	Noche del sur
75	Noviembre cerca del mar
76	Palimpsesto del ocaso
77	Tormenta en el bosque negro